

EL KARDECIANO

REVISTA ESPIRITA FERROLANA -:- AFECTA A LA F. E. E.

Dirección: Rodrigo Sanz: Canalejas, 165-1.°: el Ferrol | Administración: Elías López: Cantón de Molins, 2 -2.°: el Ferrol | Sábado, 1.° Diciembre 1934 Núm. 4. Precio, 20 cts.

BIENQUERER

No es el revolucionario que se levanta en armas y violencias quien ha de realizar el cambio social con que sueña. Es otro revolucionario, comunista también, que se ha de erguir sonriente con los brazos abiertos. Es el amor al prójimo, la fraternidad, el bienquerer.

... Nunca ha faltado el fermento del bienquerer entre los hombres; pero nunca ha bastado todavía para levantar toda la masa humana. Y el pan ha sido ácimo, en su mayor parte, siglo tras siglo y época tras época.

Mas el fermento se ha guardado siempre sin interrupción, y no se perderá jamás. Y esa es la esperanza, el seguro mejor dicho, de que el pan ácimo y desabrido llegará a desaparecer sobre la Tierra.

También el fuego se guardaba con afán en los templos, donde lo mantenían vírgenes, y en las casas, donde lo conservaban las madres. Y ya no hay que guardarlo como joya, porque está al alcance de todos. El fuego, que fué apremiante necesidad y ansia grandísima para los humanos, nos es hoy familiar: lo hemos hecho nuestro, no falta ningún día en ninguna aldea ni casa. En el bolsillo lo llevamos.

También la sal se custodiaba en los hogares, y la estancaban los Reyes y los Príncipes para que no faltase a los pueblos. Por ella ha habido guerras, emigraciones, levantamientos... Y la sal nos es hoy tan familiar y asequible, que no hay idea en las naciones cultas de lo que ha costado llegar a que no falte en ninguna ciudad, en cualquier aldea y en cada hogar.

... Lo mismo ha de ocurrir con esta otra sal y este otro fuego de la fraternidad y el bienquerer. Todavía se guarda y se admira como cosa preciosa allí donde lo hay. Todavía es apremiante necesidad y ansia grandísima de los humanos, pues todavía hay guerras, que son su miseria mayor... ¡Y ved que paradoja!: puede asegurarse que la guerra es una busca de fraternidad, una busca a tientas, a ciegas, desesperada y loca: puede afirmarse que son las miserias menudas y cotidianas de la vida lo que, ante la inopia de una anhelada fraternidad, quita al hombre el juicio y le precipita en la miseria catastrófica de las guerras, cada vez menos frecuentes porque cada vez también más espantosas y desengañadoras del mal camino...

Pero el día sin guerras llegará... Porque llegará el día sin miserias cotidianas de rencor, de recelo, de malquerer de vecino a vecino, nacional a nacional, blanco a negro o cobrizo, católico a protestante, judío, musulmán o budista... El hombre verá que sus miserias están en su interior, en sí mismo, por tanto en su propia mano, y que el amor es panacea en todas ellas: remedio del noventa por cien, y consuelo que vale por remedio del otro diez por cien.

—:—

¿Y dónde está, dónde se guarda ese fermento preciosísimo y ese seguro de bienquerer y futura paz?

¡Pues mirad otra vez! Lo guardan y custodian las mismas que guardaban el fuego y custodiaban la sal: las madres, que aman a todos sus hijos, y aun más al enfermizo que al sano, al áspero que al dulce, al descarriado que al virtuoso (porque más lo necesitan); y las vírgenes, las hermanas mayores que se sacrifican como madres por sus hermanitos huérfanos, y esas otras Hermanas que cuidan enfermos, niños o ancianos en Hospitales, Hospicios y Casas de Caridad.

Ellas son el fuego y la sal de la fraternidad humana, el fermento de bienquerer, que hace milenios que se guarda sin interrupción y no se perderá nunca... Porque lo hay en toda nación, tada ciudad, toda aldea... ojalá pudiéramos ya decir ¡y en toda casa!

¡Oh mujer! Tú eres, sin saberlo, el seguro y la fianza de la anhelada fraternidad. Sábelo, porque ya es la hora. Ya es la hora de que el cariño a tus hijos y a tus hermanitos se extienda a los de tu amiga, tu conocida, tu desconocida... tu enemiga también, a quien has de desarmar sonriendo y con los brazos abiertos... Tú eres quien ha de persuadir al hombre, y quitarle de la mano el arma y del corazón el rencor... Tú has de acabar con las guerras, la gran miseria humana, acabando antes con las menudas y cotidianas miserias que van enloqueciendo al hombre hasta precipitarle en la violencia... por amor de tí y de tus hijos... Tú has de convencer a todos de que el camino no es el desesperado del varón, sino el esperanzado, manso y animoso de la madre y de la virgen, que en el hogar y en el asilo, y en la misma ambulancia de la Cruz Roja, se sacrifican con más valor que el varón, porque arrostran iguales penas y peligros y además se vencen a sí mismas, que es la valentía del mundo...

Y en tanto ¡oh hombres! mirad que aun a veces sois como fieras, que os llenais de odio y cólera acariciando la idea de la lucha de clases, en términos que vuestro lema parece seguir siendo el *homo homini lupus* y nó el *homo homini frater* que ya hace veinte siglos predicó Jesús... Mirad que, en el caso mejor, aun sois como avecillas que van por alimento para el nido y por nada lo cederían, indiferentes y hostiles a cualquier otro nido... Mirad que habeis de abolir la condición de fiera y la de avecilla para llevar dignamente la de hombre... Y mirad que en ello va la paz, el bienestar, el contento en esta vida, el mayor de vuestros hijos en la suya... y el bien de vuestro Espíritu, que ha de retornar aquí para continuar su progreso y el de la especie reinante en el planeta.

Libertad vuestro ánimo de mezquindad y malquerer: os librareis de desdicha y se realizará lo que soñais... No es la violencia contra otro, es el señoreo de vosotros mismos lo que traerá aquello que buscais a tientas, a ciegas, desesperada y locamente.

Oíd en suma aquellas dos palabras de Jesús: «quereos mútuamente»: *diligete invicem*: *agapáte allélous*, que es como dice y repite dos y tres veces el Evangelio según Juan. (*)

(*) Cap. 13, v. 34 (dos veces); cap. 15, v. 12 y v. 17.



El alma es una lucecita. Cuando se la abandona, se oscurece y apaga; pero cuando se vierte en ella el óleo del amor, se enciende como una lámpara inmortal.—**Hermes.**

Ponencia Presentada por la F. E. E. al Congreso de Barcelona sobre el tema "reencarnación"

(Continuación)

2.ª Parte

21.—El cap. XV del libro «Treinta años entre difuntos», de Carlos Wickland — el alienista norteamericano de los Angeles—es probablemente el alegato más vigoroso y más típico que se ha impreso contra el encarnacionismo, porque consta de razones, de experiencias y de testimonios del Más Allá. Vamos, pues, a examinarlo brevemente, seguros de que el examen no resultará una fría repetición de la primera parte de este trabajo y será en cambio adecuada preparación para la tercera.

22.—El capítulo comienza así: «Espíritus superiores nos han declarado en varias ocasiones que la creencia en la reencarnación es engañosa y constituye obstáculo para el progreso *post-mortem*. Y por otra parte, en muchos casos de obsesión, hemos observado que intervenían espíritus que, al intentar reencarnación en algún niño, se veían aprisionados en su áura, con daño de la víctima y propio».

Tenemos, pues, que examinar dos cosas: esas declaraciones de espíritus elevados y esas observaciones de Wickland. Empezaremos por éstas como lo hace el capítulo.

23.—Y empezaremos con una advertencia perentoria. En un niño ya nacido y en desarrollo, *cabe posesión: reencarnación nó*. ¿Es que los espíritus y Wickland nos van a hablar de posesión, pero nó de reencarnación?.. Veamos el relato de la primera experiencia.

24.—Un niño de Chicago se había criado normalmente hasta los cinco años. Pero a esta edad comenzó a tener extrañas manifestaciones de adulto: decía que era viejo y feo; padecía insomnios durante los cuales hablaba entre dientes; y sufría incontenibles arrebatos de cólera. Estos rasgos se le fueron acentuando, y su familia ya le contemplaba como un pobrecillo demente sin esperanza de curación. Un familiar escribió a Wickland rogándole una *Sesión de Círculo* (1) por si se lograba la atracción del posible espíritu posesor. Y en efecto, en la sesión se adueñó de la Sra. Wickland (2) un espíritu cuyas maneras y expresiones coincidían con las del niño.

(1) Esto es, sin presencia del niño.

(2) La abnegada medium, esposa de Wickland, que durante treinta y más años ha facilitado al marido la curación de cientos de perturbados mentales. ¡Dios conserve hasta la extrema vejez este altruista matrimonio!

Dió su nombre. Dijo haber sido mal encarado, picado de viruelas, tosco, con quien nadie se había encariñado. Tenía conciencia de haber fallecido viejo; y habiendo oído decir en vida que las almas reencarnan y pueden tomar entonces el cuerpo que quieren, decidió reencarnar en uno hermoso, pues su mayor deseo era parecer bien. Pero al intentarlo en el de un niño, quedó enredado en su áura, de la cual ya no pudo librarse; y viéndose aprisionado y sin poder hacerse entender, le entraban locos arrebatos que llegaban hasta el deseo de *saltar en pedazos*.

Wickland instruyó al espíritu, y le consoló diciéndole que el aspecto tosco y feo que era su pesadilla, desaparecería olvidándolo y dedicándose a servir y amar a otros espíritus. Logró al fin que se marchase en compañía de otros que vinieron a buscarle. Y a los pocos días la madre del niño escribía a Wickland: «Jacobo ha recobrado su condición de niño: es lo que antes era». El niño continuó normal y ya pudo asistir a la escuela, donde hizo rápidos progresos.

¿Qué resulta de este relato? Un caso bien nítido de posesión, o intrusión de espíritu *en niño de cinco años*. El espíritu, al intentar *reencarnar* en él, no tenía idea de lo que es reencarnación. Y Wickland, al aducir el caso, ciertamente que nada aducía en contra de la reencarnación.

25.—Las experiencias segunda y tercera que el capítulo relata se efectuaron en favor de dos niños paralíticos. En los relatos no se consigna la curación; pero en el uno se entiende y en el otro se expresa el desalojamiento del espíritu posesor. En el de la tercera se describe el niño (de siete años); y del espíritu se apunta que era el de un teósofo superficial dominado por cierta curiosa autosugestión, a quien no hubo manera de hacer comprender la verdad. En el de la segunda no se describe el niño, y se consignan, como *muy interesantes* manifestaciones del espíritu como éstas: «Quise reencarnar en un niño, lo dejé paralítico de cuerpo y ambos lo quedamos de alma porque yo no podía hablar».

Ya basta y sobra para ver que este espíritu tampoco tenía idea de la reencarnación, pues la intentó en niño y nó en feto (1).

Sigue diciendo: «Dejad la idea de reencarnación porque toda ella es errónea. Yo quise demostrar a los teósofos que podía volver y reencarnar en un niño, y ya veis lo que me pasó».

(1) Sus primeras palabras al adueñarse de la medium, fueron: «¿Pero ya muevo brazos y piernas? Entonces es verdad la reencarnación, porque antes yo no podía caminar»... Llamaba, pues, reencarnar a entrar en cuerpo adulto.

Y luego: «La Sra. Blawastsky me instruyó en la doctrina de la reencarnación. Y usted, señora—señalando hacia un punto de la sala—tuvo la mayor culpa de mi estado. Mas ahora me dice usted que la reencarnación no existe y que lo que a uno le sucede al penetrar en el cuerpo de una persona para reencarnar es enzarzarse por completo».

...Si eso realmente le decía al espíritu del teósofo el espíritu de la Blawastsky, hay que concluir que éste, ni ahora ni antes tenía ni había tenido clara idea de la reencarnación. Dicho con todo respeto.

Continuó el espíritu... «Fuí discípulo de la señora Blawastsky en la India; y también traté a Ana Kingsford y al Doctor Hartman, que tienen otra parte de culpa de mi estado actual. Los tres han caído en la cuenta de su error y trabajan ahora por indemnizar a quienes perjudicaron. Ellos me han traído aquí, y la señora Blawastsky me dice que atienda a lo que me dirá este señor» (señalando a Wickland).

El autor añade que se dieron adecuadas explicaciones a este espíritu, el cual pareció entender, y manifestó su nombre: *William Stanley*.

26.—Se relatan después cinco comparecencias espontáneas de espíritus. Dos de ellas son del de otro teósofo, de cuyas manifestaciones he aquí la menos baladí: «Ahora comprendo cuán peligrosa es la doctrina de la reencarnación. Según ella, yo ya debería reencarnar. ¿Y cómo? ¿Reencarnaré en un niño convirtiéndolo en un idiota?».

Aquí aun es mas ingénua la falta de concepto de reencarnación.

27.—Compareció el espíritu de una Sra. conocida en la reunión por sus escritos: *Ella Wheler Wilcox*. Había profesado la teosofía; mas ahora estaba desengañada de la doctrina de reencarnación. «¿Porqué habiamos de reencarnar en este pobre planeta?... Cuando el alma se ha abierto a la vida superior, nada interesa volver a la tierra. Lo importante es aprender en la tierra para no tener que volver a ella a aprender nuevamente».

Quizá este espíritu tenía genuino concepto de la reencarnación. La rehuía para sí y para los que han comprendido; pero parecía aceptarla como necesidad para los que no han aprendido bastante. De sí mismo, dice que cuando escribía en la tierra, alguna vez tenía sensación de haber vivido antes; mas ahora veía que aquello era influjo de los espíritus que le movían a escribir, que se le representaba como vida anterior propia. (1).

(1) Es una explicación de su caso; pero nó del de los niños que reconocen lugares y señalan el pupitre de la escuela que ocupaban en vida anterior; ni del de los sujetos a quienes hipnotizaban Colavida, Rochas y después otros.

28.—Compareció el espíritu de un amigo de la familia Wickland, fallecido de 99 años, que había sido Cónsul en Turquía y se había dedicado 60 años a dar y oir conferencias sobre ciencias psíquicas: El *Doctor Peebles.*

El espíritu cuenta juvenilmente: «Que celebró su centenario en la otra vida rodeado de amigos; que había sido un creyente espiritista, pero no había podido desprenderse del todo de los dogmas; que había viajado y escuchado mucho, pero que este planeta no era más que una simple escuela primaria; y en ella son muchos los que nada aprenden».

En este momento Wickland le interrumpe amablemente: «Pero encarnan otra vez y aprenden». Y el espíritu replica vivamente:

«No hay tal cosa. ¿Porqué volver a esa prisión cuándo aquí se anda libre? ¿Porqué, estando para ingresar en la escuela superior, se ha de volver a la primaria? No necesitais renacer. Olvidaos de la reencarnación porque esa creencia es como un lastre al cuello... Yo he visto sus consecuencias y he hablado con muchos espíritus que la habían profesado».

... Pero si en la escuela primaria son muchos los que nada aprenden, ¿porqué no volverán a ella?... Por otra parte, si al fin no se reencarna ¿qué lastre al cuello es el de haberlo creido en vida terrena? Por otro lado aún, sea o nó penosa la reencarnación, ¿constituye o nó necesidad hasta haber aprovechado en la escuela primaria?... Este espíritu, vivaz como el de un niño, no ahonda en la cuestión, que es precisamente lo que haría falta.

Un asistente pregunta: ¿Qué opina ahora la Sra. Blawastsky?» Y el espíritu responde: «No cree ya en la reencarnación, y ahora daría cualquier cosa por volver a la vida terrena para remediar las consecuencias de su engaño»:

Y continuó: «No podeis vivir en la tierra más que una vez. Porque no podeis reencender la lámpara que se ha consumido. Y porque la vida es progreso y no retroceso».

El primer porqué es una imagen gratuita. El espíritu que encendió la lámpara de una vida terrena ¿no podrá encender otra y otras semejantes?... Y el porqué segundo será una pura palabrería mientras no se demuestre que la reencarnación *no puede ser condición de un progreso.*

Y terminando dice: «preguntan algunos qué suerte toca entonces a los niños que mueren antes de adquirir conocimiento alguno. Pero en realidad el espíritu de los niños nace con experiencia, que les dá el materno que los rodea; y además, acá tenemos enseñanzas para espíritus de niños, mediante lecciones objetivas».

... He ahí dos doctrinas extraordinarias a que ha de apelarse para evitar la reencarnacionista: una que nacemos con experiencia tomada de la madre (ciencia infusa, o infusión de ciencia por el alma materna durante el curso de nueve meses de la preñez); y otra que hay en la otra vida aquellas escuelas de párvulos, con lecciones de cosas, a que hemos aludido atrás... Con muchísimo respeto habrá que sonreir y pedir perdón.

29.—Y compareció, en fin, 28 días después que el anterior, el espíritu de la propia señora Blawastsky, *quod desiderabatur*. Sus manifestaciones fueron como una conferencia, seguida de respuestas a preguntas de asistentes. Pero estas preguntas y respuestas ya no se rozaron con la cuestión principal de la conferencia.

«Yo bien conocía la verdad—dice—tocante a comunicación de los espíritus. Pero quise ser maestro y me dí a la teosofía abandonando la simple filosofía. Entonces se me ocurrió la idea de la reencarnación; la estudié, profesé y enseñé, convencida de su necesidad para quienes mueren sin haber alcanzado bastante conocimiento, y de su justicia como correctivo de la desigualdad con que unos nacen y viven pobres y desdichados y otros ricos y felices. Era que yo no alcanzaba toda la verdad... Hasta llegó a parecerme recordar hechos remotos de vidas anteriores mías; y era que los espíritus pueden darnos impresiones de sus propias vidas como si fuesen recuerdos nuestros».

Nótese que este concepto es repetición de otro del espíritu de Ella Wheler: el mismo disco. Nótese también la frase: «se me ocurrió la idea de la reencarnación» como si la Blawastsky la hubiese tenido originalmente y no la hubiese conocido por lecturas ni por observación folklórica, lo cual parece increible.

«Mas he rectificado en esta vida, y hoy puedo decir que no es cierta la doctrina de reencarnación. He intentado muchas veces reencarnar y no he podido. La reencarnación no es posible, porque vamos hacia adelante y no retrocedemos nunca».

...Es el mismo argumento de Peebles, con su misma indemostración de que reencarnar no puede ser condición de un progreso, o sea con su misma apreciación somera y a bulto de constituir puro retroceso.

«¿Por qué hemos de volver a vida terrena, que es tan sólo una escuela preliminar, después de haber adquirido experiencia y saber lo suficiente en la otra?»

Muy exacto. Pero pruébese que *siempre* en la primera otra vida se adquiere la ciencia y experiencia suficientes para excusar volver a ésta. De otro modo la razón no concluye.

«En la otra vida, no tenemos el obstáculo del cuerpo, ni el del tiempo; y si queremos estudiar un asunto, con sólo pensar en él ya se nos presenta en toda su complejidad. Y entonces ¿por qué retroceder reencarnando»?

Concedido que el cuerpo y el tiempo sean rémora al espíritu, no sale la consecuencia de que reencarnar sea absurdo, porque también saldría la de que es absurdo *encarnar.* ¿Por qué nuestro espíritu, que tan intensamente progresa en el mundo espiritual, ha de sufrir *vez alguna* los obstáculos de cuerpo y tiempo?... Luego la razón de Peebles y la Blawastsky prueba demasiado y por tanto nada.

«Supongamos que un inventor fallece sin ultimar un invento. Pero en la otra vida su espíritu continúa estudiándolo, y mucho mejor. Cuándo lo tiene a punto, lo comunica a un mortal sensitivo, que ejecuta la comunicación y hace conocer el invento al mundo. Así se excusa la reencarnación y el progreso de los hombres se aprovecha del de los espíritus».

Muy buena, y muy norteamericana, la original observación. Pero se puede replicar: Supongamos un explotador de hombres que fallece sin haber indemnizado los daños que causó. Pero en la otra vida los reconoce, y mucho mejor (1). Cuando su pesar está a punto, comunica sus buenos designios a mortales sensitivos, que los ejecutan y hacen al mundo la oportuna indemnización. Así se excusa la reencarnación y la justicia conmutativa se cumple por *comisión y endoso.*

«No reencarnaré porque no es posible». Pero puedo hacer un bien mayor. No tengo más que ir a la esfera que envuelve a la tierra, donde se encuentran los espíritus atrasados e infelices (luego no todo es adelanto en el mundo espiritual): les predico y enseño y procuro rescatarlos».

Esta justicia, al menos, no es por comisario, pero tampoco es con hombres sinó con espíritus. No es precisamente conmutativa, sinó conmutadora.

«Me preguntareis cómo ejecutamos esos rescates. Primeramente utilizamos la música, una música que empieza pianísima y les hace prestar atención; y entonces concentramos en ellos nuestro pensamiento para que despierten (luego los hay dormidos, no obstante la libertad de cuerpo y de tiempo). Luego vienen otros espíritus artistas, que les pintan cuadros de vida espiritual, les dán lecciones objetivas, les narran hechos concretos. Nosotros les vamos presentando la historia de su vida terrena, para que vean sus errores. Al fin nos hacen preguntas, y entonces nos acercamos más a ellos. Finalmente se nos confían y los llevamos a vida superior».

Muy bien trazado. Pero se pregunta uno como antes: si esa admirable paidología excusa a los espíritus de reencarnar ¿porqué no les excusa de encarnar también? Esa acción tutelar que deja sin sentido ni objeto el renacer también podría quitar objeto y sentido al nacer. ¿Porqué no es así, pues que nacemos?

30.—La conferencia terminó de este modo: «Dirán algunos que quien

(1) Vamos a concederlo por un momento. Mas no es eso lo que suele resultar del trato con espíritus que fueron egoistas y crudos y lo siguen siendo.

os habla no es la Sra. Blawastsky; pero no tengais duda: soy yo misma».

Esto es segunda parte, que viene ahora. ¿Qué pruebas de identidad ofrece este espíritu, *que no es reconocible por su actual predicación, contraria a la que le conocíamos?...* Sabiendo cuán frecuente es que espíritus mediocres tomen nombre de otros superiores, necesitan éstos, en casos como el presente, dar caución bastante y sobrante de su identidad. ¿Y dónde están aquí las cauciones?... Si el espíritu las dió, Wickland no las trasladó al relato; cosa bien rara en un experimentador espiritualista, que ante todo pide y exije la prueba de identidad.

Porque la concordancia de los espíritus de Stanley y Peebles en aseverar que el de la Blawastsky ya no creía en la reencarnación, y el hecho de que el primero interpelase a la Sra. Blawatsky dirigiéndose a cierto lugar de la sala, serán las congruencias que se quieran, pero nunca una prueba de la autenticidad del espíritu compareciente 28 días después que el segundo de aquellos dos.

Es delicado el asunto, y deseamos ser circunspectos. Mas en sana crítica, un testimonio que, debiendo ser de espíritu superior según el nombre que nos dá, es: 1.° de tésis contraria a la que sostuvo en vida terrestre, 2.° destituído de una razón concluyente de la nueva tésis, y 3.° desnudo de caución positiva de la personalidad comunicante, *es un testimonio al cual hay que suspender asenso y crédito: a que sea de quien dice y a lo que dice.*

Lo sentimos mucho, pero así resulta. Practiquen los espiritualistas angloamericanos análoga crítica de los testimonios que abonan la reencarnación; y con tal que señalen los mismos motivos de recusación que acabamos de señalar en el atribuído a la Blawastsky, nosotros los daremos por inválidos. Porque ante todo, *magis amica véritas...* Afortunadamente, ya en Inglaterra y en Norte América van apareciendo superiores espíritus que predican y persuaden la reencarnación; y la verdad prevalecerá. (1)

31.—Entre tanto, el capítulo XV del libro de Wickland, el alegato más vigoroso contra el reencarnacionismo, pertrechado de observaciones, experiencias, razones y testimonios ¿a qué queda reducido?... Comienza con observaciones de Wickland que resultan de posesión y no de reencarnación. Prosigue con unos razonamientos que tocan el mismo bordón sin afinar nunca y desafinando a veces. Y acaba con cinco testimonios del Más Allá de los cuales el primero es de un pobre espíritu cuya aspiración ideal consistía en ser hombre guapo ya que lo había sido feo; el segundo de otro pobre espíritu que no tiene idea de lo que sea reencarnar; el tercero de otro que realmente fluctúa en opinión, y de lo que está seguro es de no querer la reencarnación para sí; el cuarto de otro más que jovial, infantil, que imagina ser el embarazo una escuela para el feto y luego pone más escuelas en el Más Allá; y el quinto, el que más falta hacía que fuese auténtico, tiene que ser recusado por falta de caución de personalidad.

Por tanto el capítulo de Mr. Wickland no es más consistente que la nota de Mr. Berry. Siempre hablando con el más sentido respeto.

(Continuará)

(1) Alúdese a espíritus, o *controles,* como *Power y Lady Nona* o *Télika.*

DESDE EL MÁS ALLÁ

por el medium Ernesto Pérez Méndez

DIÁLOGO INFANTIL

En un parque de recreo sorprendemos la siguiente conversación de dos niños.

—María, hoy no siento ganas de jugar. Prefiero hacerte compañía.

—Bueno, Pepito, yo también me siento cansada y si te parece vamos a sentarnos en la yerba.

—Está bien.—Y diciendo esto se sentó en el suelo después de colocar sobre el césped su pañuelo para que se sentase su amiguita. En este momento una mariposa de variados y alegres colores, voló por delante de ellos. María se quedó sorprendida de su belleza y, sin darse cuenta, con su cabecita de pelo rizo iba haciendo los mismos movimientos inciertos que hacía la mariposa.

—¿Qué te pasa, María?

—Nada; me figuré que esa hermosa mariposa iba a tropezar en ese rosal.

—¿Crees que no tiene ojitos para evitarlo?

—Ya sé que los tiene, pero sin embargo su vuelo me intranquilizó, porque era poco seguro.

—No lo creas, porque a pesar de esa inseguridad, ya ves que salva sin dificultad cuantos obstáculos encuentra.

—¡Es verdad! Dime, Pepito: ¿Las mariposas tienen hermanos?

—Sí.

—¿Cuáles son?

—Esas otras mariposas.

—¿Todas?

—No, porque entre ellas deben estar sus padres.

—Sería curioso el distinguirlas. ¿Quieres que las observemos?

—Si tú lo deseas vamos detrás de ésa.

—Vamos.

Los dos amiguitos se levantaron y con alegre carrera se dirigieron detrás de la mariposa. La curiosidad empezaba a dar señales de presencia en sus personas. Corrían sin descanso; pero la mariposa, que se sintió perseguida, elevó su vuelo y los dejó a los dos sin dejarles saber su nueva dirección.

—Ya ves, Pepito, que se ha burlado de nosotros.

—Eso nó; ella trató de defenderse porque se dió cuenta de que la perseguíamos. Nos es mejor esperar a que se acerque otra.

Los niños se pararon enfrente de un surtidor y contemplaron sonrientes las figuras que hacía el agua.

—¡Qué bonita fuente, María!

—Sí, es muy bella; me gustaría ser yo quien dirigiera esos hilitos de agua.

—¿Para qué?

—Con el solo fin de variarlos de forma.

—¿No has dicho que era muy bella?

—Sí. Pero debiera variar.

—Eres un poco caprichosa.

—Eso dicen mis padres.

—¿Quienes son tus padres?

—¡Que tonto! ¿no los conoces?

—¿Pero cómo se llaman?

—Julián y María.

—¿Que son?

—Mis padres, hombre.

—¿Qué carrera tienen?

—Mi padre escribe y mi madre le dicta.

—¿Son escritores?

—Deben de serlo.

—Nó, María; lo son, sin duda.

—No sé. Lo que puedo decirte es que mamá le dice a papá cosas muy bonitas y él escribe. Mira: el otro día riñeron porque papá no quiso escribir lo que le decía mamá.

—Sería malo.

—Nó, era una cosa muy bonita, pero él se negó a escribir.

—¿Porqué sería eso?

—No lo sé. Sólo puedo decirte que papá se levantó muy enfadado y le dijo: «Eso nó, María, que nos perjudica». Mi madre insistió y papá, más furioso, le contestó: «No estoy a mal con el pan de mis hijos. Eso no lo escribo».

—¿Recuerdas tú lo que era?

—Sólo un poco, porque muchas palabras no las entendía. Mi madre con los ojos fijos en un cuadro que tenemos en el despacho, le dictaba: «Ya ves que todo ha ocurrido por la ambición del clero». Al pronunciar esta palabra mi padre dejó caer la pluma de la mano y se negó a escribir. Y porque mi madre insistía en lo dicho, él se enfadaba.

—Casi todos los padres riñen, María. El mío también armó un alboroto en casa porque mi madre madrugó y fué a misa.

—¿Por eso se enfadó?

—Sí, porque al preguntarle de dónde venía le dijo que de confesarse. El alboroto fue enorme; se puso medio loco, no sabía lo que decía y con los puños muy cerrados gritaba: «En mi

casa mando yo, no quiero tener un cura en ella». Mi madre lloraba.

—¡Qué tonta! Por eso no debía llorar; con decirle al cura que se fuese bastaba.

—Eso pensaba yo, pero no vi que se lo dijese.

—Mira, Pepito, yo soy muy curiosa, y el otro día me dió por escuchar detrás del balcón lo que a una vecina le decía un joven que estaba en la calle.

—¿Qué le decía?

—Que no era necesario que se confesase ni que rezara fuera de casa: que ya sabía que Dios estaba en todas partes.

Ella, muy triste, le contestó que, si no se le pidiera ayuda, ¿cómo iban a tener suerte? Por tan poca cosa también se enfadaron.

—Yo a los novios no les haga caso, porque se dicen muchas tonterías y se miran con unas caras que da miedo.

—Nosotros no nos miramos nunca así. ¿Verdad Pepito?

—Nó. Esas caras tan feas que ponen no me agradan. Cuando nosotros nos casemos no reñiremos nunca.

—Eso será lo mejor: no reñir. Y para ello, Pepito, tu harás siempre lo que yo te mande.

—Mira, es mejor que tu me obedezcas siempre.

—¿Por qué?

—Yo soy el hombre y te guiaré mejor.

—Eso no; que eres muy caprichoso y a lo mejor se te antoja que nuestros niños sean muy feos.

—¡Sí a mí no me gustan los feos!

—Bueno, aunque te gusten los guapos tu debes obedecerme a mí.

—Eso no lo consiente ningún hombre.

—Es verdad, pero ya ves que tu mamá iba a misa y se confesaba, aunque tu papá no se lo consentía.

—Pero tu papá no escribía lo que le dictaba tu mamá.

—Está bien, Pepito; yo haré lo que tu quieras, pero ten presente que, si algún día no te obedezco, no debes reñirme si no quieres que te siga desobedeciéndo.

—Bueno: ¿firmamos el compromiso?

—Cuando tú quieras.

María se puso a saltar. Pepito se alejó un poco porque se dió cuenta que muy cerca de la fuente estaba una pareja de novios. María le siguió.

—Fijate, dijo Pepito, qué cara de tontos ponen esos dos.

—¿Quiénes?

—Esos que están sentados en ese banco.

—Ya. Ya. ¿Serán novios?

—Eso parece, y me enfado sólo de pensar que algún día mires tú así.

—No: ¡qué he de mirarte así! ¡Si esa tonta está llorando! ¿Porqué será?

—Quizá es porque también se fue a confesar.

—Es tonta si llora por eso.

—Sí, sí; es raro, María, que todos los hombres riñan a sus novias por eso y que ellas sigan haciéndolo.

—Lo es y no lo es.

—¡Cómo! ¡Cómo!

—Mira, yo te digo que no me riñas cuando te desobedezca si no quieres que siga haciéndolo.

—¿Qué he de hacer?

—Dejarme.

—¿Para que sigas desobedeciéndome?

—Quizá nó. Tú me dirás por qué no quieres que me confiese, y si me convences no lo volveré a hacer.

—Está bien. ¿Crees que te convenceré?

—Sí: ¿por qué no?

—Bueno, María; como los novios no quieren que hagan eso sus novias, yo también deseo que tú no lo hagas.

—Aún no somos novios

—Te lo digo para cuando lo seamos.

—Está bien. Ya te obedeceré si sigues diciéndomelo todos los días.

—Caramba, eso es mucho.

—Fíjate que los curas todos los días les dicen a las mamás y a las novias que se confiesen; pues es natural que si tú tienes mucho empeño en que no lo haga, procedas como ellos.

En este momento se posaron sobre un rosal dos pájaros y uno de ellos cantaba con todo entusiasmo.

—Mira, Pepito, qué bien canta ese pajarito.

—Es el macho que canta al lado de la hembra.

—¿Por qué hará eso?

—Para que ella lo quiera.

—Y si no cantara lo querría?

—No.

—Por qué no cantas tú?

—¿No ves que no soy pájaro?

—A mí me gustaría.

—Sí, pero yo en vez de cantar hablo.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque el canto denota alegría y yo quiero que la tengas a mi lado.

—Ya la tengo; no ves con qué agrado te acompaño. Lo que te dije de mi cansancio fué un pretexto para estar a tu lado.

—Algo noté, pero preferí callarme por temer a que te avergonzaras y te fueras.

—Has hecho bien porque si llego a darme cuenta de eso te hubiese dejado.

—¿Me dejarás ahora?

—Nó.

—Pues tampoco lo hubieses hecho antes.

—Quien sabe, María. Yo soy muy caprichoso.

—¿De veras, Pepito?

—Sí, y tu ya lo sabes.

—Nó, no lo sé.

—¡Si hace un rato que me lo has dicho!

—Oye, Pepito. ¿Me prometes hacer una cosa?

—¿Cual?

—Nó, nó. ¡Dime antes si estás dispuesto a hacerla.

—Sí.

—Bueno, fíjate bien que has dicho que sí.

—Ya lo sé, María.

—¿Me dejarás confesarme cuando nos casemos?

—He dicho que sí y ahora quería decir que no.

—Puedes decirlo.

—¿Por qué?

—Dilo, dilo.

—¿No te enfadas?

—No.

—Pues no te dejaré confesarte. ¡Ya lo sabes!

—¡Ah tonto, tonto!

—Está bien: ¿Por qué me lo llamas?

—Porque yo pensaba que tu fueras mi confesor, porque creo que nadie me podria aconsejar mejor, y me has dicho que no querías.

—Me has engañado, María, y eso es un pecado.

—No lo es porque no hay el engaño; en mí está el deseo de decirte muchas cosas que hoy siento y no puedo decirte. Me figuro, Pepito, que la confesión es decir todo aquello que uno siente y a mí me parece que tú eres el único que puede saber lo que yo siento y que tambien eres el que mejor puedes conducirme. Digo esto porque yo creo que tu eres el mejor del mundo.

—Mira, María, cuando estoy a tu lado lo soy, porque, yo tambien siento mis cosas que no puedo explicar; gozo viéndote y no me atrevo a mirarte con fijeza a la cara por no parecerme a esos enamorados que tanta rabia nos dan.

—Puedes hacerlo; ya he notado que tú no puedes poner cara de tonto.

—¿Ya te has fijado en eso?

—Sí, sí.

—Bueno, entonces te miraré, pero con la condición de que correspondas.

—¿Cómo? ¿Así, Pepito?

—Sí. Así.

El Guía de Sócrates

Sócrates, que, como Jesús de Nazaret, nada dejó escrito, y como él enseñó moral y una vida futura, y como él fué condenado a muerte por intrigas de sacerdotes y políticos, y como él se negó a eludir el suplicio (¡cosa extraña el parecido de estos cuatro rasgos!) vivió en la antigua Atenas hace más de 2.300 años, pues murió a los 70 de edad en el 399 antes de nacer Jesús.

De joven, sirvió a su patria como valeroso militar en altas ocasiones para Atenas. De provecto, ganaba su vida enseñando a jóvenes. Pero su característica fué la discusión tenaz y constante con sofistas y sabihondos que corrompían en la juventud la idea de Dios, del alma, del deber, de la virtud y la austeridad. Jamás se exaltaba. Escuchaba primero y luego iba haciendo preguntas y deduciendo

de las respuestas, hasta llegar a una que se contradecía con la primitiva tesis del sabihondo. Entonces le hacía ver la contradicción y le ponía en ridículo con finísima ironía.

Casi todo cuanto sabemos de su vida y doctrina lo sabemos por Platón (otra gloria de Atenas) que a los veinte años fué su discípulo durante siete u ocho más, hasta la muerte del maestro. Platón nos ha dejado, entre el monumento de su saber, el mayor testimonio de veneración y cariño que un discípulo haya dedicado a su maestro. Nos dejó sus *Diálogos socráticos*, piezas de ciencia y de arte en que nos cuenta los mejores coloquios de Sócrates, y su proceso, su defensa ante el Tribunal, y su muerte en fin.

Pues bien; era tradición que un oráculo (un medium que hoy diríamos) había advertido al padre de Sócrates que no le buscase maestros, «porque él llevaba consigo un Guía mejor que mil pedagogos». Y adviértase que la creencia de tener cada hombre un Guía invisible era corriente en Grecia; pues escribe Plutarco: «Las almas, después de la muerte corporal, se convierten en *daimones*, que muestran solicitud por los mortales, como dice Hesiodo, y son sus verdaderos Guías, de cuyas cualidades dependen el talento, la gloria, los bienes y males de cada hombre». (1)

Sócrates tenía conciencia del auxilio habitual de este su Guía, y no se guardaba de manifestarlo. En uno de los *Diálogos* aparece diciendo: «Es una Voz que, cuando la oigo, me hace desistir de algo que voy a hacer; y jamás me engaña. Si un amigo me comunica un propósito, y escucho la Voz, es señal que desaprueba el proyecto y lo desaconseja. Preguntad a Clitómaco, el hermano de Timarco, lo que éste le dijo cuando iba a morir: «Clitómaco, muero por no haber escuchado a Sócrates». ¿Qué era ello? Que cuando él se levantó de la mesa con Filemón para ir a matar a Nicias, ellos dos eran los únicos que estaban en el complot. Y cuando ya se iba me preguntó: —«¿Qué tienes, Sócrates?» —«No salgas, le contesté, porque he sentido la señal acostumbrada». Se sentó; pero se levantó de nuevo y me dijo: —Sócrates, me voy». Oí la Voz otra vez, y le detuve; pero al fin se marchó, y ejecutó lo que al fin le costó la vida».

Bien; pues este Guía solícito, vigilante, verdadero amigo para las ocasiones, nada avisó a Sócrates en el día de su condena y su defensa ante el Tribunal. Así consta en la *Apología*, o sea en la *Defensa* que Sócrates hizo de sí mismo, escrita después por Platón. He aquí cuatro párrafos de ella que, con motivo de este particular, muestran el temple de alma de un hombre cuya mano no tembló al beber el vaso de cicuta (que fué la muerte que se le dió) y que hubiera perecido igualmente impávido, como el justo de Horacio, si el orbe se despedazase y los pedazos cayesen sobre él.

Estas son sus palabras conservadas por Platón:

«Sí, Jueces míos: hoy me ha ocurrido una cosa de admirar. La voz de mi Guía, que tan frecuentemente me avisaba y que ni aun en las menores ocasiones dejaba de apartarme de lo malo y errado que iba a emprender, hoy que me ocurre lo que casi todos los hombres tienen por el mayor de los males, no la he escuchado, ni cuando esta mañana salí de mi casa, ni cuando comparecí ante vosotros, ni ahora cuando comenzé a hablaros. Muchas veces me ha interrumpido en medio de mis discursos; mas hoy no se ha opuesto a nada de cuanto he dicho ni hecho.

«Y es que, realmente, lo que me ocurre es un gran bien, y que nos engañamos pensando que la muerte es un mal. Miremos la cuestión.

»Una de dos: o la muerte es aniquilamiento absoluto y privación de todo sentir, o es, como suele pensarse cambio del lugar del espíritu. Si es privación de todo sentir, si es un sueño no turbado ni por ensueños ¿qué ventaja mayor? Porque si alguien contase en conciencia las noches, y los días, que pasó en su vida con la tranquilidad de una noche de sueño sin sobresalto, inquietud ni aun ensueño, tengo la convicción de que, no ya un particular, sino el Rey más poderoso, contaría número reducidísimo... Si la muerte se parece a esto con razón la llamo un gran bien, porque el tiempo todo no es en ese caso más que una larga noche de sueño apacible.

«Pero si la muerte es un cambio de lugar, y si es la verdad que allá dan su cuenta los que han vivido aquí ¿qué mayor bien para mí podíais discurrir los que me habeis juzgado? Porque si al dejar a quienes aquí hacen justicia encontramos allá los verdaderos jueces «que en la vida fueron justos» ¿qué cambio más venturoso? ¿Qué daríamos por conversar con Hesiodo y Homero? ¿Qué mayor alegría que la de hallarme con los héroes antiguos que fueron víctimas de la injusticia?... Yo moriría contento cien veces por esta dicha.

«Covenceos, pues, jueces, de que no hay en la muerte mal alguno para el hombre de bien. Lo que ahora me ocurre no es efecto del azar; y estoy convencido de que lo mejor para mí es morir ahora, libertándome de los afanes de la vida. Por eso la Voz de mi Guía ha callado hoy.»

(1) *Daimones* (que suena *demones*) llamaban los griegos a *Espíritus buenos;* aunque *daemonia* en bajo latín, y las voces análogas en lenguas romáicas, significan *Espíritus malos*. La exclamación *¡Daimonie!* valía cariñosamente por ¡Señor! ¡Amigo mío! Por tanto, la voz revesó su sentido de Grecia a Roma; pero entre los griegos significaba lo mismo que *Angel de la guarda* entre cristianos, o que *Guía* entre espiritistas de hoy.

Por cada buena acción, nace una flor en el jardín del alma. Por cada acción censurable, una de aquellas flores se marchita y muere.—**Chundra.**

LOS SENDEROS

EL CONOCIMIENTO

Estos artículos llevan el mensaje de un alma que busca el bien de sus hermanas.

Dice Séneca, y hablo en presente porque los sabios viven, «que la mucha ciencia conduce a Dios y la poca aparta de El».

¡Y cuán cierta es la máxima del inmortal filósofo! Es la síntesis de sus observaciones; es sin duda alguna la expresión sincera y objetiva de su proceso mental desde la ignorancia hasta el conocimiento de la Divinidad.

Es tan cierta hoy como hace 2.000 años. Hoy como ayer la poca ciencia, el barniz de ciencia, aparta de Dios; y la mediana cultura personal es una parodia de la verdadera cultura, como la educación a medias es el ridículo de la educación sólida y la beatería el desprestigio de la piedad cristiana... Tambien hoy como ayer y antes, el bachiller en artes, el que pica en todo y no sabe nada, el que todo presume tener y carece de todo, es y seguirá siendo el hazme reir y el ser inepto donde quiera que se encuentre.

Y ademas de inepto, pernicioso, por lo cual hay que buscarle hasta en sus últimos escondrijos. No es cristiano, ni humanitario siquiera, dejarle hacer indiferentemente su espantoso ridículo: y debemos, con caridad, pero al mismo tiempo con franqueza, advertirle el desairado papel que representa. Pero ademas es extremadamente pernicioso en la sociedad.

Dice las cosas con tal aire de convicción, arremete tan violenta y llanamente (la ignorancia es muy atrevida) contra quien se oponga a sus teorías o afirmaciones, adopta tales gestos de suficiencia y autoridad, y acompaña sus disparates con tal abundancia de términos raros—que ni él entiende—que los cuitados que embobados le escuchan le creen y dan la razón.

Y es el que más chilla, y hace más ruido.

Y como no sabe lo bastante para ser alma tolerante, y comprender los defectos de los demás y perdonar los distintos y variados niveles de educación, saber y cultura de los que caminan a su lado por los senderos de la vida... se torna rabioso e intolerante y sufriendo el mísero mal del criticon llega a perder en absoluto el respeto a todo idea! que no sea el suyo, y llega al insulto y a la ofensa en lo más sagrado y noble.

A la armonía celestial de la LIBERTAD de cada uno dentro de la libertad de todos, oponen esos semisabios la intolerancia demoniaca, que es el agarrotamiento de los engranajes de las vidas y de las almas.

A la FRATERNIDAD, sueño dorado del Maestro del hombre, oponen el insulto y la calumnia y el maltrato...

En nombre de la CULTURA, hay que acabar con esas bachillerías.

En nombre de la LIBERTAD, hay que impedir que los entrometidos, los chapuceros se metan en el radio de acción de la libertad de los demás.

En nombre de la IGUALDAD, hay que hacerles saber que nunca pueden ser iguales la ignorancia y la ciencia, la soberbia y la humildad, el egoismo y el desinterés.

....

La mucha ciencia conduce a DIOS, la poca nos aparta de El.

Si a alguno molesta la palabra DIOS, substitúyala por la de: Bien, Progreso, Perfección, Felicidad, Plenitud de conciencia... Es lo mismo.

El caso es que el espíritu de la máxima del sabio quede en pie: que la mucha ciencia es el bien grande del hombre, porque le lleva al Bien, a la perfección... y la poca... la poca es el gran mal... porque le aparta. La Ley (léase la Providencia) favorece al inocente, al cuitado, y puede ser que la Ley se descubra más fácilmente a la humildad del ignorante que a la inteligencia del sabio Pero nunca al que sabe a medias, o más bien al que se cree saber, al pedante, al infatuado, al soberbio.

La naturaleza se oculta al que la busca con aires donjuanescos de conquistador: a la naturaleza se la consigue y domina obedeciendo sus leyes. y para obedecerlas hay que conocerlas.

Y el hombre que se dedica al conocimiento de las leyes de la naturaleza no puede por menos de sentirse pequeño, humilde, ignorante y decirse con sinceridad «sólo sé que no sé nada.»

Pero entonces es cuando la *Ley*, la Naturaleza, Dios, lo inunda de armonías; y él comprende y al comprender se hace tolerante; y con el Maestro divino de Nazaret siente la Fraternidad de todos los hombres, tan varios en cuerpo y en espíritu; y con el santo Asís llama a los seres inferiores, hermano lobo, hermano Sol, hermana lluvia...

El que más sabe sufrir, más grandes cosas puede hacer.—**Milton.**

El sufrimiento cosecha bondad y sabiduría.—**Milton.**

BIBLIOGRAFÍA

Flores de Amor.—Comunicaciones recibidas en el Centro espiritista *Amor y Ciencia*, de Almería, por conducto del medium escribiente A. F. L., dictadas por el Espíritu *Luz*, desde 12 Octubre 1932 hasta 26 Diciembre 1933 = Sin pié de imprenta. 1934. (264 páginas en 8.° = No se vende el libro: se da).

Pobres en general son los libros y folletos y hojas actuales de literatura espírita española: muy pobres en su mayoría, y quizá tambien en su mayoría reprobables, o por su doctrina (y esto es lo grave), o por su palabrería, o por su pedantería y ridiculez total.

Raros son aquellos que se pueden complacidamente reseñar, y muchos no deben ni aun mencionarse por su título. Porque no se podría hablar de ellos sin humillar y avergonzar a sus publicadores. A la vista tenemos un folleto editado en Barcelona, que en la cubierta ostenta de imprentilla el letrero *Difúndase*, que uno enmendaría *Confúndase*: tal es la repulsión que el folleto causa... Porque la risa que nos arrancan sus versos chabacanos y mal medidos, y sus salidas de pié de banco, y sus palabras inventadas a docenas, y su malísimo castellano, y su entramado infantil e inocente... es una risa amarga, que en breve nos hace daño y se muda en un sentimiento de disgusto, de pena y hasta de sospecha: la mala sospecha de que esas publicaciones no son de genuinos espíritus, sino de alguna empresa editorial que halla filón en la bobería y la ignorancia de tanto *aficionado* y tanto *deportista* del Espiritismo como por ahí anda y estorba.

... Pero por esto mismo recibimos con agrado un librito que, como *Flores de Amor*, es ante todo *de buena fe palmaria*, y que contiene unos dic_

y pudieron observar que D. Juan no chocheaba, porque el parecido era muy grande en efecto.

—Este retrato no se ha separado de mí desde que murió mi madre hace cuarenta y cinco años. El parecido es asombroso. ¿Qué decís?

—Sí, sí—contestaron sin atreverse a decir más, porque veían emocionadísimo a su buen amigo.

D. Juan paseaba con el retrato en la mano, sin quitar de él la vista y repitiendo con voz angustiada:

—¿Será ella? ¿Será ella, Dios mío?

Y como por momentos se iba excitando, y el color desaparecía de su rostro, intervino D. Manuel.

—Juan, es necesario que te calmes. Mira que esa coincidencia puede tener fundamento y puede no tenerlo.

—Manuel, bien sabes que soy razonable por carácter; mas hoy mi razón es débil. El recuerdo de mi madre, que era mi ilusión en nuestros estudios psíquicos, me trastorna con esta coincidencia... No me reconozco. Mira: dame a oler un poco de éter.

Así lo hizo D. Manuel; y D. Juan pareció serenarse en un minuto. Entonces dijo:

—¿Pero cómo no he notado ayer el parecido?... Otro misterio... Estoy confuso... Yo buscando a mi madre en el Más-Allá ¡y ella quizás aquí!... ¿Pero por qué vivir con este quizás? ¿No os parece que podemos salir de dudas?

—Creo—contestó D. Manuel—que la evidencia en eso no es posible y que debe bastarnos hallarlo admisible y razonable.

—¡Nó, nó! La certeza es mucho mejor.

—A mi juicio, la certeza en estos asuntos aumentaría nuestro dolor.

—¿Por qué ha de aumentarlo?

—Por saber cosas que hoy nos pasan inadverti-

II

A la tarde siguiente ninguno de los amigos llegó a la reunión con retraso... Y a poco rato apareció la joven, muy risueña, a dar las gracias a D. Juan, porque la última crisis de dolores de su padre había desaparecido con el medicamento.

Preguntó D. Juan:

—Dígame ¿cuántos años tiene su padre?

—No muchos, señor: cuarenta y nueve.

—¿Y cuántos lleva en la cama?

—Muchos, yo le recuerdo siempre en ella. Pero antes lo pasaba mejor, porque mi pobre madre le sacaba de paseo en un carrito. Desde que ella murió él no ha querido nunca salir de casa.

—¡Vaya por Dios! Veo que su padre padece mucho y que usted mucho sufre también.

—¡Ah, señor! Lo mío no me preocupa: sigo el camino que siguió mi madre.

—...Oígame, joven: yo no puedo curar a su padre pero puedo hacer que pase mejor el resto de su vida.

—¿Y cómo, señor?

—Facilitando a usted cuanto él necesite.

—No comprendo bien.

—Mire: yo daré a usted lo necesario para atender a su padre, para atenderlo mejor en todo lo que se le pueda atender y aliviar.

—¿Pero es eso posible? ¿Cómo lo haría usted?

—Porque lo permiten mis recursos, mi botica, mi redoma embrujada. ¿No ha oído usted hablar de ella?

—Si, señor, sí... Pero estoy sobrecogida.

—No tema, hija... ¿Ve usted esos señores? Pues están esperando a que usted acepte. ¿Quiere pasar?

La joven se resolvió de pronto: —Sí, sí. Por la salud de mi padre haré cuanto sea preciso.

tados discretos y correctos de un Espíritu amoroso, que no dice novedades, pero inculca tenaz y eficazmente el *diligite invicem* y logra reunir en amor al Grupo que cariñosamente le escucha.

Son comunicaciones de confortamiento y de buen ánimo, sencillas, insistentes, hijas del cariño más que del magisterio; bien que alguna vez el cariño se hace maestro, como en estos párrafos que extractamos de las páginas 156-6:

»Voy a hablaros hoy de la ley del Trabajo, que la Humanidad se afana por no cumplir.—*Ganarás el pan con el sudor de tu rostro*, dice la sentencia divina; y dicho así, parece que Dios castiga imperativamente al hombre, imponiéndole vida de dureza y penalidades. Pero quiero razonaros esa sentencia para que veais su verdadero significado, que es la necesidad de todo ser de esforzarse por su propia perfección.

»Empezaremos por notar que la ley que nos obliga al *Trabajo* es la misma que nos estimula al Bienestar. Y veremos que la conquista de la felicidad tiene por base el cumplimiento de los deberes; de modo que el Trabajo, en sentido amplio y genuíno, es el estado de actividad a que obedece el Espíritu por consecuencia de su misma naturaleza. El ser fué creado para la actividad, nó para la inacción.

»Pero la Humanidad, con sus goismos, ha dado lugar a que la ley del Trabajo, que no es sino de Perfeccionamiento, se convierta en castigo para los desheredados, a quienes tiranizan los poderosos. El hombre siente horror al trabajo porque la Humanidad ha hecho del Trabajo un castigo, hasta denigrante.

»Mas estad seguros de que mientras no comprendais que el trabajo es santo, y no sepais convertirlo en agradable y atractivo, y no reconozcais su bondad y virtud, la Humanidad se debatirá en la desdicha y no tendrá paz ni bienestar. La rebeldía de los humildes viene de falta de justicia. Faltais a la Ley y al Amor.

»Comprended que el Progreso se realiza con el esfuerzo de todos; que el deber del ser obliga a la actividad; y que el que se aparta de la acción creyendo hallar su tranquilidad, va errado forzosamente.»

...El tomito termina con unas 50 páginas de *Pensamientos* bien escogidos y en general bien traducidos (pues en gran mayoría proceden de otras lenguas). Bueno fuera entresacar y divulgar mucho mayor número de pensamientos de escritores españoles; en la seguridad de que, al menos recurriendo a los de los siglos XVI y XVII, se hallarían tan buenas sentencias como las mejores de otras literaturas europeas, incluyendo las clásicas.

Hemos recibido la hoja II de las *Orientaciones de Perfección*, por L. F., que en Novelda (Alicante) edita un activo Hermano que ha solido colaborar en «La Luz del Porvenir», de Barcelona. Su fecha, 1.° Noviembre.

Es una hoja cálida y entusiasta, que toma pie de la conmemoración de Difuntos (que por error dice que celebramos el día de todos los Santos) para proseguir con orientaciones sobre el dolor, el sendero, la justicia, el arcano, la muerte, la vida y la fraternidad, por partes separadas. Procura mostrar—y desde luego, lo consigue—que la muerte no es «la mayor hecatombe», como «el hombre cree».

Mil gracias por todo.

IMPRENTA ARTÍSTICA.- FERROL

— 14 —

Entró en la rebotica, todos se levantaron, y ella saludó modestamente.

—Señores—dijo D. Juan—desde hoy esta señorita será una compañera más. Es un alma buena que ansía la curación de su padre, o, si esto no es posible, su alivio. Yo os pido toda vuestra consideración para esta hermana que sufre. Tenemos que ayudarla; mi Redoma me permite hacerlo; y yo lo haré desde hoy.

Todos tendieron la mano con noble gesto. Y ella comprendiendo que estaba entre caballeros, dejó escapar un leve suspiro de confianza, que todos respetaron porque llevaba también las señales del dolor.

—Mire usted—le dijo D. Juan—: aquí somos todos hermanos, y por tanto, dispóngase a recibir de nosotros cuanto precise para atender a su padre, que será un hermano más.

Y ofreciéndole un asiento, añadió:— Ya ve el mal que puede esperar de la «Redoma del Brujo», como n os llaman por ahí.

—Señores, mil gracias de todo corazón... Mas ahora quisiera que me dejaran marchar. Mi padre no puede estar sin mi mucho tiempo.

—Vaya, vaya cuando guste—contestó D. Juan—; pero tenga y lleve estos billetes. Y mañana, si usted consiente, iremos a su casa para saludar a su padre.

—¡Oh, señor! Pero si yo volveré aquí.

—No importa: es gusto que tendremos.

—Gracias, gracias. Son ustedes muy buenos.

—Nó: deseamos serlo, y con usted esperamos conseguirlo. Porque buena es la criatura que sacrifica su juventud por atender a su padre.

—¿Y eso es ser buena? ¿Pues cómo podría yo no atenderlo? Repito gracias. Estoy deseando llegar a mi casa y contar todo esto a mi padre, y comprarle

— 15 —

después con esto (mostrando los billetes) todo, todo lo que necesite.

Y sonriendo, pero con un par de lágrimas columpiándose en sus pestañas, tendió las manos para despedirse.

D. Juan, tambien emocionado, le puso la mano en la frente, diciéndole:

—Vete, hija mía, a cumplir con tu deber, y no dudes de la misericordia de Dios.

—Nunca he dudado, señor... Hasta mañana.

Y se fué, dejando a todos afectados, inundados de ternura, silenciosos...

Especialmente D. Juan, inmóvil en un rincón, los ojos fijos en la puerta, parecía una estátua. Y sin embargo, él fué quien, reaccionando con más brío, rompió el embarazoso silencio, exclamando:

—¡Ea, amigos! Desde hoy tenemos una hija adoptiva, ¿verdad?

—Sí, dijo D. Manuel... Y asintieron los demás.

—¡Pues ánimo!... Mirad: mi ilusión de siempre ha sido el estudio psíquico: pero ahora aún ocupa más mi alma ese ángel de bondad. No sé que me ha ocurrido. Quizá chocheo. Perdonadme.

—A todos nos ha ocurrido algo... La verdad es que esa joven es muy extraña y muy original.

—Ya lo creo que es original—repetía D. Juan. que se puso a pasear agitadamente—. Es original su figura, lo es su voz, lo son sus sentimientos... ¿Por qué me interesa tanto esa criatura desgraciada?

—Ya tú lo dices: por desgraciada.

—Nó nó: por algo más...—Y sacó del bolsillo una cartera y de ella un retrato que mostró a sus amigos, diciendo:—Porque se parece a ésta (y besó el retrato) que era mi madre.

Todos se levantaron para examinar la fotografía,